

¿Ganarán la tercera vuelta los partidarios de un nuevo régimen?



Máximo Ponce Jaramillo*

Los ecuatorianos votaron en primera y segunda vueltas. Eligieron para gobernar a los candidatos de la alianza Partido Sociedad Patriótica - Pachakutik. Ese resultado, inesperado para ganadores y perdedores, alteró el escenario político nacional en un sentido que puede desencadenar nuevas tendencias de largo plazo.

- En las vidas de los ecuatorianos, considerados como colectividad nacional, las campañas electorales son tal vez, los procesos de interacción social que más involucran. La diversidad de actores sociales - étnicos, de género, clasistas, generacionales, regionales- que componen la colectividad nacional participan cada uno a su ma-

nera, con mayor o menor autonomía, entusiasmo y convicción. Eso se puede constatar no sólo consultando a los medios de (in)comunicación masiva, sino también conversando con taxistas, tenderos, compañeros de trabajo y vecinos (verdaderos receptores-transmisores de radio “bemba”, el más comunitario de todos los medios de comunicación) o en las reuniones de familiares y amigos (verdaderos espacios de interacción y decisión social en los que es posible una gran confianza entre sus miembros). No hay relación social que no se vea, en alguna medida, afectada por las campañas electorales.

- Que las campañas electorales nos involucren cotidianamente, no hace de la democracia ecuatoriana un campo en el que se realicen la libertad, igualdad y fraternidad de los ecuatorianos. Muchos han señalado, más bien, que la democracia realmente existente en el Ecuador funciona como un sistema clientelar de participación y de organización presidencialista del gobierno, y ha constituido ciudadanías electorales hegemónicas y representadas por partidos y líderes hechos a la medida de los requerimientos de ese sistema. Esto es, partidos que patrimonializan la administración de los recursos públicos y líderes con vocación presidencial que se comportan como que siempre estuvieran preparándose para la próxima campaña, o como si estuvieran siempre en campaña.

* Sociólogo. Profesor de la Universidad Casa Grande y de la Universidad de Guayaquil. Correo electrónico: poncecor@accessinter.net

La democracia ecuatoriana es real y efectiva. No es una formalidad intrascendente o un mero ritual laico. Los actores se incorporan y sujetan. Se obligan a intervenir en un juego político con reglas que se establecen y árbitros que se designan según la correlación de fuerzas. Se juega en serio. Se gana y se pierde de verdad. Hay quienes arriesgan la hegemonía que laboriosamente han ganado antes. Hay quienes cuestionan esa hegemonía y pretenden imponer la suya propia. Es, por tanto, mucho lo que se arriesga. Así que cada actor se esfuerza hasta el límite de sus posibilidades. No hay, sin embargo, credulidad democrática, ni en los electores ni entre los elegidos.

La gente común, la mayoría de los electores, no cree que ese juego político sea lo que pregonan quienes han puesto las reglas y designado a los árbitros, pero juega, porque algo puede sacar de todo eso y no se les ocurre nada mejor para reemplazarlo en ese momento. Hay, sin embargo, momentos fuera del período de campaña en que sí se les ocurre algo, por ejemplo, el 21 enero de 2000.

Los elegidos, por su parte, suelen manejar las reglas todo lo que las circunstancias les permiten. Suelen comportarse como si creyeran que las reglas se hicieron para ser violadas y como que las leyes siempre fueran insuficientes para gobernar.

- Históricamente, la democracia realmente existente en el Ecuador parece haber pasado de una larga fase de desarrollo extensivo hacia una nueva fase de desarrollo intensivo. Gradual pero firmemente, a lo largo de todo el período republicano, las luchas sociales han logrado que las constituciones incorporen los derechos de cada vez más grupos y que el sistema electoral incorpore una cada vez mayor cantidad de votantes de toda condición social. Así, el ejercicio del voto pasó de ser un privilegio reservado a unos pocos propietarios o doctores, a un derecho reconocido a los varones alfabetizados, luego extendido a las

mujeres alfabetizadas y, finalmente, a todos los ecuatorianos mayores de dieciocho años. En la actualidad sólo queda por ampliar ese ejercicio a los emigrantes. Es, pues, poco lo que queda por extender pero mucho por intensificar.

Precisamente, en las dos últimas décadas parece haberse procesado una intensificación de la democracia con la incorporación del movimiento indígena. Si bien no puede decirse que el clientelismo haya sido superado, en este proceso se han cuestionado las reglas establecidas, se ha buscado replantear las relaciones políticas y construir nuevas formas de ciudadanía. Algo de lo conseguido, aunque sea de manera distorsionada, se nota en la Constitución de 1998 y en la organización de Pachakutik, en su movilización social y en su participación electoral en los ámbitos local y nacional. Se trata, en todo caso, de un proceso abierto que no ha llegado, ni de lejos, a un punto de culminación.

- En la perspectiva de la intensificación de la democracia, los resultados de la última campaña electoral han producido un giro interesante en el desarrollo político del país. Ahora es posible contar con el movimiento indígena no sólo como protagonista de levantamientos y luchas reivindicativas, sino también como protagonista del gobierno. Si como dice Miguel Llucó “son gobierno”, esta afirmación marca el nacimiento de una época y trae aparejado un problema de nuevo tipo para Pachakutik y, en general, para los grupos y movimientos que lo han apoyado o acompañado en sus luchas.

Las reivindicaciones hasta ahora planteadas por los indígenas y otros sectores populares en sus luchas, no pueden ni deben ser dejadas de lado, pero en la nueva situación creada, las propuestas indígenas y populares de gobierno no se pueden reducir a esas reivindicaciones. Es hora de nuevas definiciones que den continuidad a las luchas en las nuevas condiciones creadas y es hora, también, de nuevas luchas.

Se ha iniciado la tercera vuelta, que puede ser la vencida.

Lo que no había sido, ahora es: luego de derrotar a otras fuerzas, Pachakutik y el movimiento indígena coparticipan del gobierno elegido por mayoría de votos, en alianza con la Sociedad Patriótica y además, con el apoyo expreso del MPD y los llamados movimientos sociales.

Las fuerzas derrotadas son disímiles. Unas son las partidarias: PSC, PRE, ID, orgánicamente más consolidadas pero socialmente desfasadas y políticamente desgastadas. Encarnan, junto a la DP y otros grupos, la forma tradicional de hacer política, y a ellas se les puede atribuir la responsabilidad política de la crisis del país. Otras son movimientos electorales: el PRIAN, movimiento originalmente dependiente de uno de esos partidos (PRE) aunque ahora autonomizado; el movimiento electoral que propuso a León Roldós, que se presentó como ciudadano pero que no pudo evitar su asociación con grupos y partidos de corte tradicional.

Los que al comenzar la campaña se percibían a sí mismos, y hacían que se los percibiera, como ganadores o con probabilidades de ganar, se encontraron con la sorpresa de que perdieron en la primera vuelta y volvieron a perder en la segunda.

Que la sorpresa fue real y no fingida se pudo notar en la reacción de incredulidad y estupor de los voceros del PSC, fuerza política hegemónica en Guayaquil. Dicha ciudad en la que los estragos psicológicos de los resultados de la primera vuelta fueron, por eso mismo, mayores que en el resto del país. Su llamado a no votar por ninguno de los dos finalistas sonó a un intento desesperado de deslegitimación preventiva del nuevo gobierno y al anuncio de un conflicto de poderes que no oculta-

ba, incluso, deseos de derrocarlo por la vía parlamentaria.

Puede ser, entonces, que estemos ante el inicio de un nuevo período político nacional en el que el viejo y maltrecho régimen de gobierno clientelar, presidencialista y autoritario con su respectiva ciudadanía electoral sean sometidos a presiones que no podrá procesar, y que un nuevo bloque histórico construya un nuevo régimen con características no predeterminadas, pero que de seguro implicarán una mayor intensificación de la democracia en el Ecuador, que la cambiarán en su fondo y en su forma.

Pero, por lo mismo que el nuevo régimen no está predeterminado, las fuerzas del viejo régimen pueden intentar y conseguir una transformación de sus imágenes y una restauración que incorpore algo de lo nuevo para que todo siga igual. Ahí estaría el riesgo. Queda, pues, por jugar la tercera vuelta, la que decidirá el destino del viejo régimen. ¿Serán capaces los nuevos actores incorporados de convertirse en sus sepultureros o, por el contrario, serán incapaces de hacerlo y se convertirán en sus remodeladores?



Quizá sea el inicio de un nuevo período político en el que el viejo y maltrecho régimen de gobierno clientelar, presidencialista y autoritario sea sometido a presiones que no podrá procesar, y que un nuevo bloque histórico construya un nuevo régimen con características no predeterminadas